



A 40 años del atentado terrorista que destruyó la Parroquia Fátima, la herida sigue abierta

Por Poly Rain
prayn@laprensaaustral.cl

Al cumplirse hoy 40 años del atentado dinamitero que destruyó la Parroquia Nuestra Señora Fátima del barrio 18 de Septiembre, todavía resuena entre los pobladores sobrevivientes de la época, la onda expansiva que remeció todo el vecindario y que los hizo saltar de sus camas mientras dormían.

A 15 metros del templo esa madrugada del 6 de octubre de 1984, en su domicilio por calle Cancha Rayada, dormía Julia Macías Bórquez y su pequeña hija de 6 años. Por esos días su esposo José Garay había viajado a Chiloé por la muerte de su madre. Y regresó justamente el día del bombardeo. Coincidentemente llegó en el mismo avión donde venía el cura párroco de Fátima, Jorge Murillo, quien retornaba de Santiago sin imaginarse que su parroquia la encontraría pulverizada.

La casa de doña Julia se sacudió, salieron algunos clavos de las paredes, aunque los mayores daños se verificaron en una bodega interior.

"Fue un ruido muy fuerte. La mesa de nuestra cocina se desplazó hasta donde estaba la estufa. Me levanté en bata y fui a ver a mi vecina, cuya casa colindaba con la parroquia, donde vivía la mamá del curita Murillo. Ahí cayó todo, televisor, volaron las planchas del techo y se rompieron todas las cosas".

En el patio y antejardín de su casa cayeron diseminados fragmentos del cuerpo del oficial de Ejército que depositó el artefacto explosivo. "Ese mismo día vino carabineros a recoger los restos humanos. Fue algo tremendo".

A sus 84 años de edad, la señora Julia, quien cumplió 57 años en el barrio, lamenta que no haya existido justicia para la Iglesia, en una época muy difícil, donde "mandaban los militares", apunta.

Transcurridas cuatro décadas, en aquella manzana sólo sobrevive este antiguo matrimonio, por calle Cancha Rayada, y dos o tres vecinos por calle Tucapel.



Julia Macías Bórquez, la única vecina que sobrevive en la cuadra de la Parroquia, por calle Cancha Rayada.

Ex párroco Murillo

Desde Santiago, donde se encuentra radicado hace 23 años, el entonces párroco de Fátima Jorge Murillo Hernández, recuerda el atentado dinamitero.

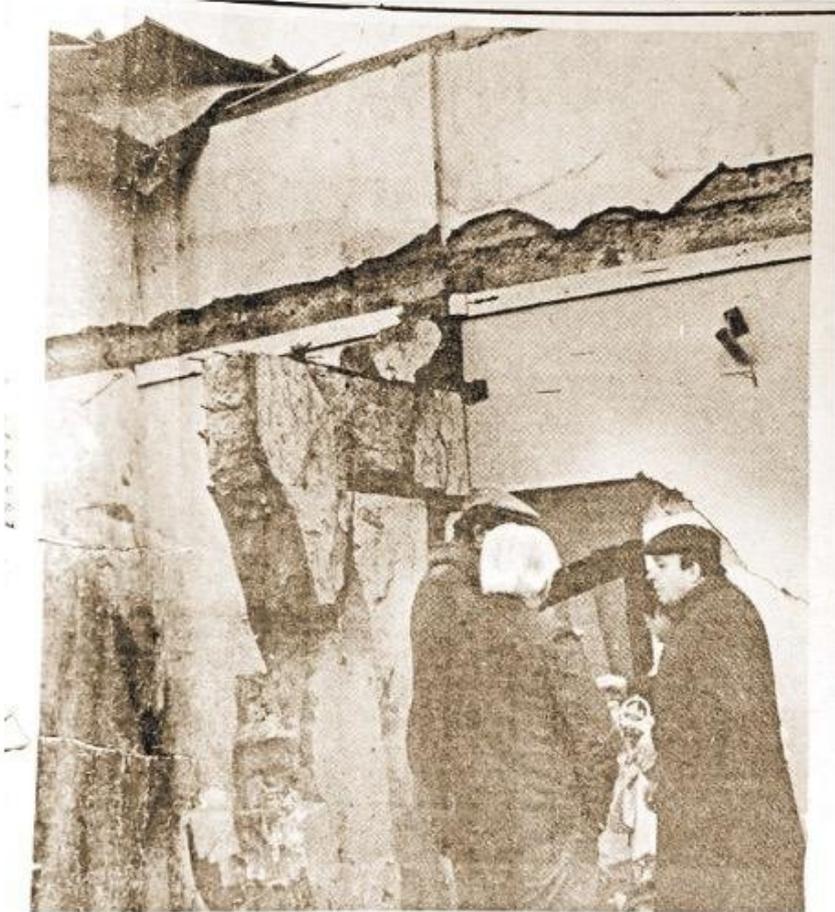
Hace un año que dejó de ser capellán nacional de la PDI y en la actualidad se muestra muy feliz de prestar servicio pastoral en la Parroquia Apóstol Santiago de Estación Central.

Su madre, Rosa Hernández Díaz, que fue testigo del "bombazo", falleció hace casi 4 años. "Ella, esa noche, por fortuna, se encontraba al otro lado de la casa, o de lo contrario pudo haber corrido

una suerte distinta. No se olvide que mi dormitorio quedó también bastante destruido", evoca, al explicar que su domicilio se encontraba a continuación de la parroquia. "Y yo me salvé porque había viajado a Santiago a una actividad de la Pastoral Obrera. Regresaba el miércoles 3 de octubre, pero la visita a la capital de mi padre que se encontraba radicado en México, hizo cambiar los planes, y con el permiso del obispo Tomás González me quedé participando de una manifestación familiar. Salimos a comer en la noche del viernes y el sábado 6 emprendí el regreso a Punta Arenas. Eso me salvó, porque según los expertos en bombas que estudiaron la explosión, llegaron a la convicción que dicho artefacto estaba hecho para demoler edificios. Y, además porque el teniente Patricio Contreras Martínez, por cual rezo todos los días, explotó con la bomba en las manos. Acuérdate que recogimos muy poco de él y por lo mismo para mí ha sido un episodio muy doloroso".

El ex párroco de Fátima recuerda con el tiempo conoció a los papás del militar fallecido, estuvo con ellos, eran muy católicos, lo mismo que el teniente Contreras que había estudiado con los Hermanos de La Salle. "Y es aquí donde surge la pregunta: ¿Cómo se le puede cambiar la mente a un joven para que llegue a atacar, incluso, contra su propia cultura que es la Iglesia?"

Rememora las palabras que pronunció aquella época,



El entonces obispo Tomás González contemplando la destrucción del templo.

"Fue un ruido muy fuerte. La mesa de nuestra cocina se desplazó hasta donde estaba la estufa. Me levanté en bata y fui a ver a mi vecina, cuya casa colindaba con la parroquia, donde vivía la mamá del curita Murillo. Ahí cayó todo, televisor, volaron las planchas del techo y se rompieron todas las cosas"



La tarjeta de identificación encontrada en los alrededores permitió identificar el cadáver del oficial.

cuando señaló que más que un atentado a la Iglesia, fue un atentado a los pobres, por el "miedo que siempre tienen los poderosos a que los pobres se organicen y sean capaces

de plantearse con dignidad frente al poder".

Lo otro que lo impactó gravemente fue la multitudinaria misa celebrada el domingo 7 de octubre en el patio de la



"Yo aprendí a ser cura en Punta Arenas", confesó desde Santiago el sacerdote Jorge Murillo, quien por largos años se desempeñó como capellán nacional de la PDI, hasta 2023.

Parroquia. Los cálculos hablan de 3 mil personas. A partir de las manos de madera de la Virgen, que fue lo único que quedó sobre el sagrario, los "asistentes ofrecimos nuestras manos para construir el país que queremos y por el cual seguimos trabajando".

Al preguntarle si esperó que en algún momento se hiciera justicia por este atentado, el sacerdote respondió que indudablemente, sobre todo en esa época ningún militar hacía algo que no tuviera

el respaldo de sus superiores y recordó que con el tiempo uno de los procesados en esta causa, el mayor Gonzalo Jara, llegó a ser general de Ejército. "Esto para mí también llegó a ser una interrogante".

En su oportunidad también trascendió que otro de los militares involucrados en el acto dinamitero había resultado gravemente herido, siendo trasladado a Santiago, sin embargo Murillo afirma que "ello nunca se pudo comprobar".

En su reflexión final, el sacerdote confiesa que "yo aprendí a ser cura en Punta Arenas", subraya que "fue un momento de mucho dolor y de abrir el corazón a los valores fundamentales. El templo lo reconstruimos, pero el templo sagrado de un ser humano no se reconstruye".

Signo de reconciliación

La profunda herida que este atentado dejó al interior de la Iglesia Católica en Magallanes, pareció cicatrizar cuando en diciembre de 2003, el Ejército, a través del general Luis Clavel concretó la entrega de un centro comunitario construido con fondos fiscales en terrenos de la parroquia Fátima. El gesto fue visto como un signo de reconciliación, tras lo cual el obispo Tomás González manifestó que "entre todos los chilenos queremos construir una patria que sea un lugar de paz, de alegría, de confianza y de esperanza".

Pese a este gesto, el posterior obispo de Magallanes, Bernardo Bastres, se empeñó porque se hiciera justicia. "Aquí no se trata de la acción de una persona, sino que hay un grupo detrás de una persona, y eso es lo que quisiéramos que se aclarara". Sin embargo, la Corte Suprema mantuvo la prescripción de las responsabilidades penales, debido al largo tiempo transcurrido (ver nota página 5).

En una declaración del año 2007 el entonces obispo Bastres dijo que los delitos de lesa humanidad no prescriben, y que Fátima se circunscribía en conductas terroristas con resultado de muerte.



Como un signo de reconciliación fue calificado el gesto que tuvo la Quinta División de Ejército de construir un centro comunitario en terrenos de la parroquia Fátima. Así lo vio el obispo Tomás González, quien aparece junto al general Luis Clavel, en diciembre de 2003 cuando se entregó la obra.